

## **RESEÑA**

### **CHRISTIAN LAVAL Y PIERRE DARDOT, *LA SOMBRA DE OCTUBRE (1917-2017)*. BARCELONA: GEDISA, 2017, 223 PÁGS.**

**Gustavo González Geraldino**

Universidad de Barcelona / Universidad de Cartagena (Colombia)  
gustavo3g@gmail.com

Durante el mes de octubre de 2017, mientras se jugaba la última ronda clasificatoria para el mundial de fútbol “Rusia 2018”, Naciones Unidas anunciaba la crisis humanitaria más grande desde 1945, Corea del Norte y EE. UU. mostraban su fuerza nuclear “de persuasión”, y los procesos electorales ratificaban un giro hacia la derecha xenófoba en Europa y el fin de la ola progresista en América Latina, también se conmemoraba el primer centenario de la Revolución Rusa. Para innumerables actividades académicas, políticas, especiales periodísticas, y nuevos o reeditados libros, la experiencia bolchevique de octubre de 1917 fue el tema central. Entre tal producción académica, destaca la publicación en castellano del libro *L’ombre d’Octobre*, de los franceses Christian Laval y Pierre Dardot.

En su interés por la renovación del pensamiento crítico, este par de profesores de la Universidad de Paris Nanterre continúa con la perspectiva analítica planteada en sus últimos tres libros. A partir de establecer un diálogo entre Foucault y Gramsci, en el que la “superestructura” toma gran relevancia, se identifican fuerzas de subjetivación y se establece una diferenciación radical entre el poder político y el Estado, los autores realizan una retrospectiva histórica de la llamada “Revolución Bolchevique”, analizan las prácticas discursivas y no discursivas utilizadas por esta para ganar popularidad a costa del prestigio de los *soviets* en la lucha obrera mundial, trazan un paralelismo con *revoluciones ocultas* en marcha en otros puntos del orbe, específicamente la mexicana y española, y brindan elementos para un debate sobre lo *común* en la teoría y acción política actual. En ese sentido, es un texto que permite entender lo que pasó en

la Rusia bolchevique y extraer los aprendizajes necesarios para la práctica y reflexión política actual.

Sin usar paliativo alguno, los autores desarrollan una dura y documentada crítica sobre la Revolución Rusa, ocupando tres de los cinco capítulos que componen la obra. En ellos, es calificada de usurpadora, engañosa, que “acabó siendo un desastre para las sociedades dirigidas por los partidos comunistas y, en general, para todo el movimiento obrero”, entre otros adjetivos. Así, la Revolución Rusa se asume como una leyenda elaborada discursiva y fácticamente, que, a partir de las manipulaciones y conspiraciones realizadas por los bolcheviques, permitiera instaurar un totalitarismo de Estado y establecer el bolchevismo como Partido-Estado Nacional, eliminando simbólica y físicamente cualquier actor disidente o crítico de la propuesta totalitaria.

Christian Laval y Pierre Dardot identifican tres movimientos adoptados por el bolchevismo para construir la leyenda de la Revolución Rusa. El primero consiste en la usurpación del concepto de Sóviet y la apropiación de la buena imagen que estos tenían en la lucha obrera mundial a partir de la revolución de febrero de 1917, considerada por los autores como la verdadera revolución. La revolución de febrero significó un impulso en las esperanzas y posibilidades de la lucha obrera en diferentes partes del mundo que fueron capitalizadas instrumentalmente por los bolcheviques para establecerse como “la luz de octubre”. La insurrección de octubre significó la subsumición y disminución a simple espectro de la verdadera luz, la emitida por los sóviets. Las ideas de autogobierno democrático, la táctica y política de masas y las organizaciones revolucionarias de empresa, centrales en los soviets, fueron anuladas por el comunismo de partido, la política de jefes y el culto al caudillismo desarrollado por los bolcheviques.

El segundo movimiento realizado por los bolcheviques tuvo lugar en el campo de las ideas. Por un lado, remplazaron e invisibilizaron a los intelectuales soviets, especialmente los que mantenían una férrea lucha por las ideas centrales de estos en diametral diferencia con las impulsadas por los bolcheviques. Por otro lado, y simultáneamente, el surgimiento del leninismo y su posicionamiento como digno sucesor de Marx, hizo de sus ideas una escolástica, casi al nivel de la sumisión a los textos sagrados -resaltan los autores-. Con esto, se construyó un discurso que colmaba todos los espacios sin críticas o autocrítica radicales. Precisamente, la importancia de Lenin en la construcción ideológica, militar y organizacional de la revolución rusa, y su desconfianza hacia los sóviets permitió prescindir de estos en los órganos de gobierno insurreccional y en el III Congreso de la Internacional Comunista, convirtiéndose en el tercer y más contundente movimiento para la reducción simbólica y política de los sóviets.

Continuando con la crítica, los autores se enfocan en el papel dado al Partido desde la insurrección hasta la caída de la Unión -equivocadamente llamada- Soviética. Para ello, se respaldan en los análisis críticos realizados por Trotsky, Rosa de Luxemburgo y Víctor Serge en los primeros años de la Revolución Rusa. Para ellos, la fórmula del poder planteado por los bolcheviques fue el resultado de una errada interpretación de los comentarios que Marx hiciera de la experiencia de la Comuna de París, sumado a una distorsión del significado de dictadura del proletariado. De esta manera, los autores plantean que cuando Marx criticó la ausencia de un partido capaz de tomar las decisiones ágiles, oportunas para aprovechar el momento, acelerar y salvar la revolución iniciada en el levantamiento parisino, no era un planteamiento para justificar la existencia de un único partido, omnipotente y omnipresente durante todo el proceso revolucionario; y cuando se habla de dictadura de proletario, se trata del poder en manos de los trabajadores y la potenciación de las capacidades políticas de la clase trabajadora, no un poder en manos de la élite burocratizada de un Partido.

Laval y Dardot evidencian que, al menos dos premisas respecto al poder del Partido, se hicieron patentes en la revolución. La primera plantea que, si solo hay una clase obrera, y debe ser homogénea, consecuentemente solo debe existir un partido de vanguardia y debe ser total. La segunda, expresa que el poder del partido equivale al poder del proletario, y la disciplina partidaria es obediencia del partido al comité central. Con esto, las consecuencias fueron evidentes y criticadas hasta por el mismo Lenin al vislumbrar -como finalmente lo fue- un peligro real para la instauración del comunismo. La constitución de un aparato que ordenaba, controlaba y copaba políticamente todos los espacios y decisiones de la sociedad, con un burocratismo generalizado, que hizo de sus órganos de dirección una “auténtica oligarquía” y de su secretario general (Stalin) un ejemplo de despotismo, un partido que estableció como único espacio legítimo para el debate político. En resumen y en palabras de los autores, El Partido soberano.

Bajo este criterio de Partido soberano, la dictadura del proletario fue ejercida por el partido y “la avanzadilla” del proletariado cada vez más burocratizado, no por las masas de trabajadores. Su loable resolución de tomarse el poder -resaltada por los autores- y hacer cualquier cosa para conservarlo, implicó, bajo este contexto, la eliminación de cualquier conato de crítica interna o externa al Partido. La abolición de las libertades de asociación, expresión y prensa, la persecución de anarquistas, mencheviques y sindicalistas bajo el rótulo de contrarrevolucionarios, y la desnaturalización y suplantación de las formas de autogobierno representadas en los sóviets suprimieron la democracia burguesa sin la implantación de la democracia socialista. A esta ausencia de

democracias, erróneamente los bolcheviques nombraron dictadura del proletariado. Desconociendo -según los autores- que es dictadura por romper el marco institucional burgués centrado en el derecho de propiedad antiguo y que es del proletariado por el ejercicio directo del poder en manos de la clase trabajadora. El ejercicio del Partido Soberano representó, a juicio de los autores, una atrofia en la vida social y política, y de la revolución misma, sin fuente activa de crítica, autocrítica y su consecuente proceso de corrección.

En el ejercicio de relacionar las prácticas discursivas con las prácticas materiales de poder, los autores analizan la práctica concreta bolchevique frente al relato leninista de “un Partido Comunista Ruso, un Estado Soviético”, concluyendo que esta se materializó bajo la fórmula “Partido soberano un Estado dictatorial”. La eliminación del carácter soviético deviene -para los autores- de la desaparición y desnaturalización de los sóviets como espacio de autogobierno, presente en el espíritu insurreccional de octubre de 1917. A su vez, el carácter dictatorial es planteado tanto por la utilización de la violencia ilimitada en nombre de la clase proletaria y como herramienta de limpieza y protección de la revolución, así como por la concentración de la lucha de clases en la actividad del Estado. Aunque esta práctica bolchevique dice respaldarse en los planeamientos de Marx, Laval y Dardot realizan un ejercicio minucioso para desmontar tales afirmaciones, clarificando las ideas e intenciones de Marx y deslindándolas del actuar bolchevique.

Frente a la violencia ilimitada, nos recuerdan los autores, que Marx denominaba “ferocidad sin escrúpulos” aunque llegó a justificar la “fuerza de la bayoneta” como necesaria en la parte inicial de la revolución, acompañada de la, también necesaria, transgresión del orden constitucional, jurídico y social burgués; la violencia, recuerdan los autores, eran para Marx la “gran partera de la historia”. Ya libres del orden constitucional y jurídico, la revolución debe optar por establecer la práctica democracia socialista, es decir, la profundización de las prácticas democráticas radicales como ejercicio de la dictadura del proletariado. Para Marx, solo puede hablarse de dictadura del proletariado en un sistema radicalmente democrático. En cuanto al fortalecimiento del Estado mediante la ampliación de los ámbitos de actuación y entrega de poderes extraordinarios de coacción, llevándolo a un Estado total, es muy difícil -según Laval y Dardot- encontrar justificaciones en las ideas antiestatales de Marx; sin embargo, algunas de sus ideas fueron utilizadas por Lenin, Trotsky y Stalin quienes en la transición del Estado burgués a una sociedad comunista, vislumbraban la necesaria intensificación máxima del papel del Estado en la etapa previa de su desaparición. Evidentemente, la práctica bolchevique no lo permitió.

La práctica bolchevique hizo de la Revolución Rusa “la sombra de octubre”, aunque la construcción discursiva mayormente posicionada en el mundo se mantuvo como la “luz de octubre”, planteada como el modelo de revolución en la lucha obrera internacional. Es en este sentido que los autores continúan su texto, buscando luces que revoluciones en otras latitudes pudieron emitir pero que fueron opacadas por la “sombra de octubre”. La revolución mexicana de 1910 y la revolución española de 1936 se convierten en esas nuevas fuentes utilizadas por los autores para intentar deconstruir el ficticio carácter modélico de la revolución bolchevique. Ambas La mexicana, considerada como la primera revolución social del siglo XX inspiradas por las ideas del liberalismo radical y el comunismo anarquista, previa al octubre de 1917; mientras que la española, considerada una revolución social intencionalmente disimulada y de inspiración anarcocomunista.

Sobre la revolución mexicana plantean una hipótesis -que no alcanzan a desarrollar-, según la cual, la histórica caracterización de esta revolución como revolución liberal, parte del papel jugado por el Partido Liberal Mexicano y la idea central de libertad en el discurso revolucionario, sin tener en cuenta el significado del concepto de libertad al interior del movimiento revolucionario. Según los autores, las ideas de libertad defendidas por las fuerzas revolucionarias se distanciaban marcadamente de la libertad burguesa y se enmarcaban en el liberalismo libertario anarquista. Esta inspiración ideológica asociada a un contexto de un proletariado altamente heterogéneo conformado mayoritariamente por el sector agrario, minero y en muy baja medida, industrial, imposibilitaron la construcción de un partido comunista fuerte, a la vez que facilitaron la constitución y trabajo de organizaciones anarcosindicalistas. Esta revolución tuvo la virtud de no sucumbir a la forma totalitaria de Estado, más fecunda para los trabajadores y respeto a las libertades. La Mexicana fue una revolución mucho más humana que la Rusa, resaltan Laval y Dardot.

Respecto a la revolución española es enunciada por los autores como una revolución “más profunda en ciertos aspectos que la revolución bolchevique en sus primeros tiempos”, a la vez que denuncian una campaña de desprestigio e invisibilización en el mundo obrero mundial impulsada por los partidos comunistas afiliados a la III internacional y al Estado Ruso estalinista. La toma del poder en forma progresiva, una acertada combinación de métodos de lucha armada y posicionamiento político, un exitoso proceso de colectivización de la tierra y de accionar autogestionario y muchas otras prácticas que chocaban con las desarrolladas por el bolchevismo ruso, fueron las razones por las que conscientemente los estalinistas españoles difamaron y actuaron violentamente contra los resultados de la revolución y sus sujetos revolucionarios.

A manera de conclusión, los autores reafirman que la bolchevique es un ejemplo de lo que debe ser llamado revolución y de lo que no debe ser llamado comunismo. La “sombra de octubre” a oscurecido el concepto de comunismo, dada la histórica asociación de este concepto con las prácticas bolcheviques. En tal sentido, plantean la necesidad de restituir la riqueza y diversidad contenida en el comunismo y continuar la deconstrucción de ese irreal y repulsivo asocio. Ante el comunismo de Estado practicado por el bolchevismo en el poder y analizado largamente en el libro, los autores recuerdan la existencia de una pluralidad de comunismos entre los que destacan el *comunismo de la comunidad*, el *comunismo de la asociación de productores*, los comunismos influenciados por el pensamiento de Saint-Simon tales como el *comunismo utópico*, y el *comunismo* político e institucional *de los comunes* con experiencias significativas por toda Europa que evidencian las potencialidades reales de las prácticas comunistas en el contexto actual de las crisis de la sociedad mundial. Cuenta con la deficiencia de no haber explorado otros territorios como los latinoamericanos, africanos o asiáticos, que sin duda alguna, pueden brindar experiencias y aportes teóricos enriquecedores para el debate propuesto.

Las críticas a las prácticas del bolchevismo han sido objeto de innumerables trabajos académicos, siendo muy poca la novedad que se encuentra en el libro. Sin embargo, el intento de deconstrucción de la práctica discursiva sobre la Revolución Rusa como modelo de las revoluciones, la mirada hacia otras revoluciones ocultadas como parte de ese ejercicio de deconstrucción, y especialmente, interés por recuperar la naturaleza diversa y plural del concepto y la práctica del comunismo son el gran aporte de este texto para mejorar la comprensión teoría de la actualidad. Complementada con una escritura amena, fluida y dirigida a través de la metáfora de la luz/sombra que pedagógicamente facilita su comprensión y difusión.